

1802

CANTARES ESPAÑOLES,

ORIGINALES DE

DON REMIGIO CAULA,

PREMIADOS

en el Certámen litérgico, celebrado en la ciudad de Pontevedra en Agosto de 1884, con dos jactones y un barómetro de honor repujado, donativo del Excmo. Sr. D. Eugenio Monttío Rico.

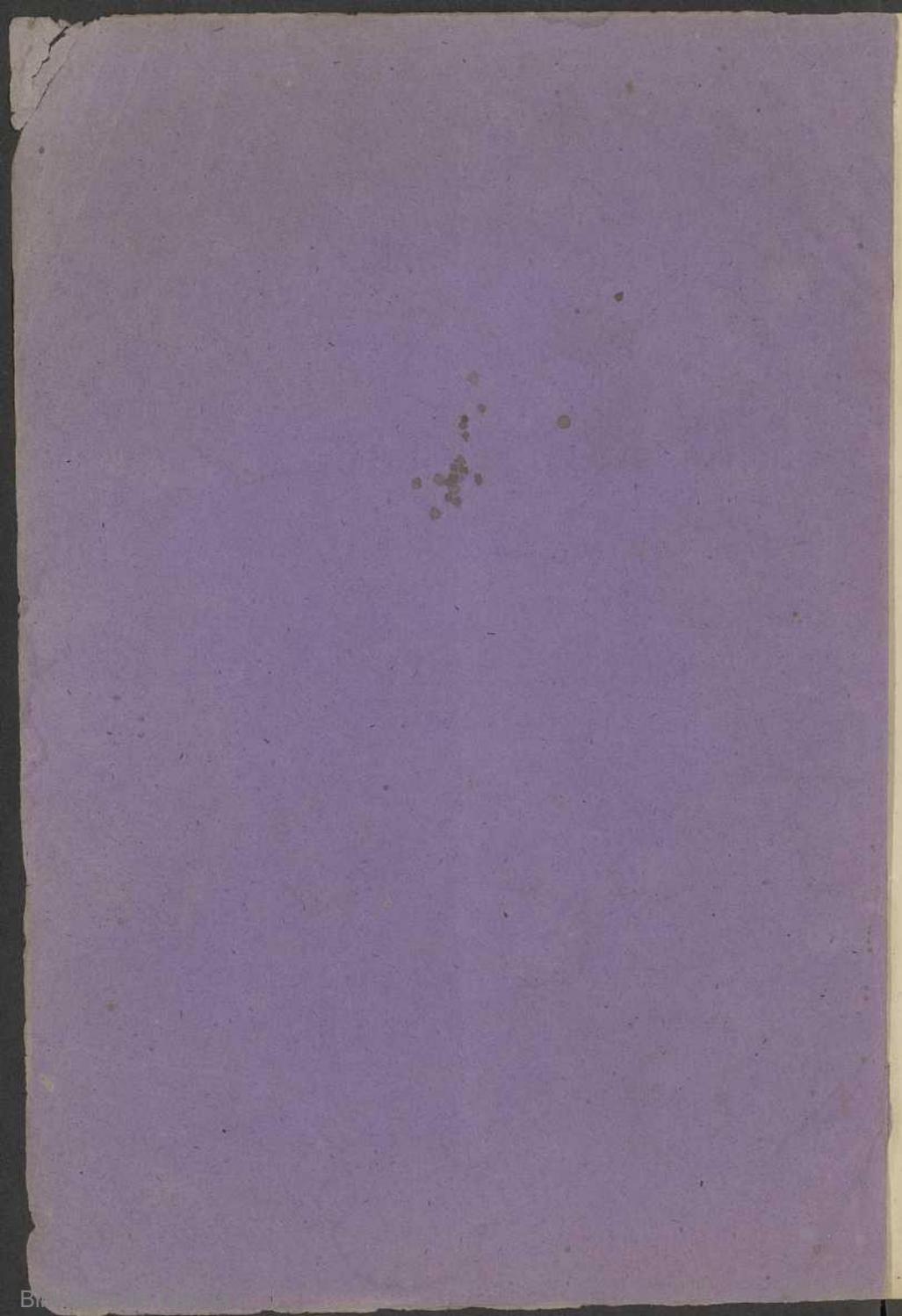
PRECIO: UNA PESETA.

SANTIAGO:

Imprenta de Jesús L. Alende.

1884.





FB 5772
CB 11037209
Titm. 605296

CANTARES ESPAÑOLES.

LIBRARY OF THE
BIBLIOTECA DE GALICIA

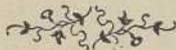
1880

1880

CANTARES ESPAÑOLES,
 ORIGINALES DE
DON REMIGIO CAULA,

PREMIADOS

en el Certámen literario, celebrado en la ciudad de Pontevedra en
 Agosto de 1884, con dos jarrones y un barómetro de bronce repujado,
 donativo del Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Rios.



SANTIAGO:

Imprenta de Jesús L. Alende.

1884.

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF

ST. ANDREW'S

CANTARES.

I.

Al ver por qué manos andan
Las riquezas en el mundo,
Se debe pensar que Dios
No interviene en este asunto.

II.

Por un ángel que perdí
Lloro, y le envidio en mi pena:
Mientras él vive en el cielo,
Yo estoy muriendo en la tierra.

III.

Á las orillas del mar
No vayas á coger conchas:
Por besar tus lindos piés
Podrán ahogarte las olas.

IV.

—¡Madre mía, adios! la pátria,
Qué es otra madre, lo quiere.
—¡Cuál de las dos, hijo mio,
Te ha de llorar si no vuelves!

V.

¡Oh vírgen de los Dolores!
¡Ten piedad de mi tormento
Por aquellas siete espadas
Qué atravesaron tu pecho!

VI.

Claro reveló tu muerte
Qué fué de un justo tu vida;
Todo el mundo te ha llorado
Y nadie te conocía.

VII.

Pobre pájaro que vienes
Á comer de mi pan negro,
Come hoy bien: mañana acaso
Ni tú, ni yó le tendrémos.

VIII.

Qué un escapulario, niña,
Noche y día te acompaña
Sabén todos. ¡Más valiera
Qué sólo lo imaginaran!

IX.

¡Qué solíto me han dejado
Las prendas que yo quería!
Para un corazón desierto
¡Qué larga y triste es la vida!

X.

Son dos reyes en la tierra
El amor y el oro vil,
Tanto el primero me busca,
Como el otro huye de mí.

XI.

Reza, ángel mio, decías
Besándome, y yó rezaba;
Despues me dormía oyendo
El ruido de unas alas.

XII.

Qué te ofendemos decimos,
Señor, y gracia imploramos...
¡Es posible que te ofendan
Tan miserables gusanos!

XIII.

Asegura cierto autor
Que traen las españolas
En la liga un puñalito:
Tú lo llevas... en la boca.

XIV.

Truena el cañón en el valle:
Allá bajan los soldados;
Y bajan también los cuervos
Á beber sangre de hermanos.

XV.

En un altar de mi aldea
Hay un ángel con dos alas,
Que nunca vuela. Así son
Las alas de mi esperanza.

XVI.

En las lágrimas que vierten
Los ojos del pobre ciego,
No sé que recuerda al mar
Cuando no refleja el cielo.

XVII.

Ví volar de tu sepulcro
Una palomita blanca,
Que se elevó hacia aquel punto
Á donde vuelan las almas.

XVIII.

Los ángeles en la tierra
No se aclimatan: su vida
Es la vida de las rosas,
Breve y cercada de espinas.

XIX.

Dices que tu corazón
Es un corazón muy franco;
Por eso la entrada en él
Cuesta tan poco trabajo.

XX.

Siempre que estrecho tu mano,
Como la nieve la encuentro;
Caliéntalas, vida mía,
En el volcan de mi pecho.

XXI.

En vano correspondencia
Le niegas á mi amor loco:
Lo que tu boca me calla,
Me lo revelan tus ojos.

XXII.

Los laureles de la gloria
Se codician en el mundo...
¡Tanto afán para obtener
Unos puñados de humo!

XXIII.

Cuando á la tierra venimos,
Al ver la luz, ya lloramos.
—¡Más tarde bien comprendemos
El secreto de ese llanto!

XXIV.

Dices que ya no te pido
Que amante pagues mis ansias:
¿Cómo he de cobrar dos veces?
Pagaste y no debes nada.

XXV.

Verde mar es el color
Que tienen tus ojos bellos,
Y, como el mar, son también
Los espejitos del cielo.

XXVI.

Desde la cuna á la tumba
El dolor nos acompaña;
Así nuestra vida empieza
Y se concluye entre lágrimas.

XXVII.

Eterno amor me juraste
Al pié de una higuera, Rosa;
¡Pronto demostró ese amor
Qué naciera á mala sombra!

XXVIII.

Avecillas que venís
Con la alegre primavera,
Para mi solo anunciáis
Más años y nuevas penas.

XXIX.

Otros anhelan riquezas,
El fausto y los oropeles;
Yo no ambiciono otra cosa
Sinó que me quieras siempre.

XXX

Yo te dí mi corazón,
Otro te ofreció doblones,
Y le preferiste... es justo;
Pues con amor no se come.

XXXI.

Pónese el sol por la tarde,
Y con la aurora aparece:
Así son las penas mías...
Hacen que se van, y vuelven.

XXXII.

«¡Te amaré siempre!» dijiste,
«¡Sí un día te olvido, mátame!»
Y me has olvidado... y yo...
Yo... me olvidé de matarte.

XXXIII.

Despues de darme á mi un beso,
Diste á un mendígo limosna;
Bien dicen que tu haces muchas
Obras de misericordia.

XXXIV.

Te amé, y tales cosas hice
Por tí, que pasé por loco;
Casé contigo... y ahora
Estoy pasando por tonto.

XXXV.

Todos ignoran la causa
De su muerte... ¡hasta su madre!
Era un secreto de amor
Y no se lo dijo á nadie.

XXXVI.

Sobre una lápida blanca,
Que todos los días beso,
Se ha grabado un dulce nombre
Que me dice: «aquí te espero.»

XXXVII.

¡Cuántas penas, cuánto afán,
Antes de hacerme tu esposo!
Y despues... ¡qué poco *cielo*
Para tanto *purgatorio!*

XXXVIII.

Muere un niño y á su madre,
Que vuelve loca el pesar,
Se le dice: ¿por qué lloras?
¡Si es un angelito más!

XXXIX.

Mi corazón inocente
Se ha llevado un marinero.
—¡Ay! ¡pobre corazoncito,
Que vive entre el mar y el cielo!

XI.

Tienes los cabellos rubios,
Y la tez blanca, muy blanca;
Y tienes los ojos negros,
Y negra, muy negra el alma.

XLI.

Tu corazón dices, niña,
Que es una excepción de todos.
No lo dudo: para tí
Uno me parece poco.

XLII.

La rosa que ayer me has dado,
No es hoy más que un tallo seco;
Púsela en mi corazón
Y la abrasó con su fuego.

XLIII.

Un nombre con letras blancas,
Escrito en una cruz negra,
Es todo cuanto ha quedado
De tu hermosura en la tierra.

XLIV.

En la casita del valle
Murió una niña de celos,
Y la amortajó su madre
De azul: el color del cielo.

XLV.

Tengo muerto el corazón
Y hecha pedazos el alma;
Así no soy en el mundo
Más que un sepulcro que anda.

XLVI.

Con novenas y rosarios
Y muchos golpes de pecho,
Pasas por santo en la tierra...
Pero no engañas al cielo.

XLVII.

«Malogrado» se le llama
Al que muere á pocos años...
¡Cuánto más feliz es *ese*,
Qué otros que están *esperando!*

XLVIII.

La ola del mar y la perla
Forman á un tiempo tus lágrimas:
Así, cuando yo las bebo,
Son perlas y son amargas.

II.

Cuantos te oyeron llorar,
Dicen que lloras á gritos.
No hay un dolor comparable
Al tuyo... por lo expresivo.

L.

Por el piélagos del vicio
Bogué con locura ciega,
Y cuando volví á la orilla,
Me esperaba mi conciencia.

LI.

Sí te bañas en el mar,
Bien mío, no sé que siento:
Me inspiran celos las olas
Que te besan toda á un tiempo.

LII.

Esa rosa que en tu pecho
Con tanto cuidado prendes,
Pronto morirá... ¡las flores
No viven sobre la nieve!

LIII.

Á cualquiera que en la calle
Te encuentra, le miras hosco:
Ó debes á todos algo,
Ó te deben á tí todos.

LIV.

Cuentan que no lloras nunca,
Por más que el dolor te acosa;
Llorarás aún... ¡Moisés
Agua sacó de una roca!

LV.

Una á un hombre y otra á Dios
Se entregan en el altar:
La viva, como la *muerta*,
Llevan la corona igual.

LVI.

Las bendiciones que el pobre
Nos dá por algunos céntimos,
Son *pagarés* que en *su día*
Han de cobrarse en el cielo.

LVII.

Te hago una pregunta, callas
Y pálida te volviste...
¡Nunca has respondido tanto
Cuántas veces te la hice!

LVIII.

Tienes postizo el cabello,
Llena de afeites la cara;
Te pareces á la luna:
Alumbras con luz prestada.

LIX.

Muda, á los piés de su madre,
Miraba al suelo llorando:
Era que hablaban los ojos
Lo que callaban los lábios.

LX.

De un rosal de tu jardín
Corté una flor encarnada,
Y el viento llevó sus hojas,
Como llevó tus palabras.

LXI.

«Nadie se muere de pena,»
Dicen, y debe ser cierto;
Pues el dolor más horrible
Me está *matando*, y ¡no muero!

LXII.

Rosita te haces llamar,
Pese á los años que cuentas;
Es muy natural: las *rosas*
No pueden jamás ser viejas.

LXIII.

Una cárcel es tu boca
Sin cerrojos y sin llaves;
Los prisioneros son perlas,
Y las puertas son corales.

LXIV.

La atracción, que une el acero
Al iman, es la que ejercen
La luz en las mariposas
Y el amor en las mujeres.

LXV.

La nieve cubre á la tierra
Como una blanca mortaja...
¡Qué fría estará tu tumba,
Pedazo de mis entrañas!

LXVI.

Si ves durmiendo á un esclavo,
No le despiertes; ¡qué goze
Soñando, si acaso sueña
El infeliz que es un hombre!

LXVII.

¡Muy valiente es mi barquilla!
Sobre sus velas, el cielo;
Bajo su quilla, la mar...
¡Y ella, tan pequeña, en medio!

LXVIII.

Cómo un mendigo viviste
Y al morir tesoros dejas...
¿Pretenderías acaso
Comprar la justicia eterna?

LXIX.

Tu tiembles al recordarlo,
Yo me extremezco de horror;
¡Y eso que nadie lo sabe
Más que nosotros... y Dios!

LXX.

Ya marchan para la guerra
Los quintos de cuatro en cuatro...
¡Pobres hijos de los pobres!
Dicen sus madres llorando.

LXXI.

Luchando en opuestos bandos,
Padre é hijo, al fin los dos
Murieron. Para la madre,
¿Qué bando tuvo razón?

LXXXVI.

Un solterón millonario
Falleció y sus herederos
Velaban junto al cadáver,
Cuando una luz prendió fuego
 Á la cama: al punto todos,
Deudos y amigos, huyeron
Del pobre muerto; uno solo
Ardió allí con él... ¡su perro!

LXXXVII.

Como esos míseros restos
De la raza perseguida
De Israel, aguardan siempre
La llegada del Mesías,
 Así la familia humana
Espera también de *arriba*
Otra cosa que aún no vino
Á la tierra.... la justicia:

LXXXVIII.

Murió en carnaval un niño
De un pobre y, al enterrarle,
Su madre, de angustia llena,
Lanzaba dolientes ayes:
¡Y unas máscaras detrás,
Entonando un coro infame,
Remedaban los lamentos
De la infortunada madre!

LXXXIX.

Se oyen sonar en la calle
Tambores y panderetas,
Y los hijos de mi alma
Sobresaltados despiertan.
Tienen hambre y sienten frío...
Yo no tengo pan, ni leña.
¡Y, sin embargo, á esta noche
Le llaman la *noche buena!*

XC.

En esas noches de invierno,
Tenebrosas, cuando brillan
Los palacios y lugar
Tienen saraos y orjías...

Cuando el pobre amparo pide
Al cielo que le cobija...
¡Cuántas luces aquí abajo!
¡Qué oscuro todo allá arriba!

XCI.

Tus cabellos, tus labios, cejas, cútis,
Ningun pincel retrata.
Vista hermosura tal, sólo se borra...
Lavándote la cara.

XCII.

Bajó á la fosa el cuerpo de mi madre,
El sacerdote oró...
Después sonó la azada... ¡aquellos golpes
Oyendo siempre estoy!

XCIII.

De la anhelada *redención* el día
Aguardo siempre ansioso.....
¡Y cada nueva aurora me halla atado
Al maldecido potro!

XCIV.

Si *ella* murió, que era mi propia vida,
¡Para que vivo ya!
¡Vos que lo podeis todo, haced ¡Dios mio!
Que la vuelva á encontrar!

LXXII.

Cuando florece el almendro
Y en el cercado las lilas,
Es que dá la primavera
Principio á su sinfonía.

LXXIII.

Como *Pedro* me has negado,
Como *Judas* me has vendido:
Pon en la cruz de mi amor
Un *inri* y busca otro *Cristo*.

LXXIV.

«¡Yo olvidarte! has dicho - ¡antes
Se apagará el sol!» ¡Traidora!
¡Y me plantas hoy con treinta
Grados (Reaumur) á la sombra!

LXXV.

Las penas que sufre el rico
Se aquilatan y subliman;
Pero de aquellas que matan
Al pobre, nadie se cuida.

LXXVI.

Tu afrenta con tus millones
Ocultas sin lograr nada:
Mancha que cae en la honra,
No puede el oro lavarla.

LXXVII.

Qué no te muerdes la lengua,
Repites procáz y altiva...
Lo creo: te emponzoñara
El veneno que destila.

LXXVIII.

Querer que la libertad
Viva de un tirano esclava,
Es querer que vuele el pájaro
Sujetándole las alas

LXXIX.

Campanita, campanita,
Campanita de la iglesia,
Tan alegre repicando
El corazón me atraviesas.
Cuando se murió mi madre,
Mi madre que era tan buena,
Entonces, tú, campanita,
¡Tambien tocaste por ella!

LXXX.

Si esta vida es para algunos
De horribles penas, así
Cómo sólo es para otros
De dichas y gozes mil,
Todos, del poder divino,
Su premio obtendrán al fin:
Unos por tanto llorar,
Y otros por tanto... reir.

LXXXI.

Sentaditos sobre el césped,
Enlazadas nuestras manos,
Ser mía toda la vida
Ébria de amor me has jurado.
Y hoy de votos y promesas
Te ries y no haces caso...
¡Ay! ¡si pudieran hablar
Las margaritas del campo!

LXXXII.

Mañanita de la Virgen
La Virgen de la montaña,
Sube á la ermita la niña,
La niña triste y descalza;
 Su pecho afligen dolores,
Dolores de un mal del alma,
Y vá á pedirle remedio,
Remedio á la Virgen Santa.

LXXXIII.

Cuando vengas á encontrarme,
Pastora, en el bosquecillo,
Á aquél corderito blanco
No traigas nunca contigo;
 Sus ojos grandes, tan tristes,
En los tuyos siempre fijos,
Me hacen daño y... tengo celos
Del dichoso corderito.

LXXXIV.

Sobre las benditas tapias
Que guardan tu sepultura,
Un altísimo ciprés
Eleva su cima aguda.

¡Yo siempre le miro! y cuando
Sale y se pone la luna,
Esa cima es lo primero
Y lo último que alumbra.

LXXXV.

Por virtud de la sentencia
De un juez, sufrió como reo
De un crimen atroz, la muerte
Un hombre. Más tarde el cielo

Probó que la ley cayera
Sobre un inocente; pero...
El muerto, muerto quedó,
Y el juez obtuvo un ascenso.

XCV.

Guardan tu corazón y tu alma ¡oh niña!
Dos llaves bien forjadas:
De la del corazón Amor es dueño,
Y Dios de la del alma.

XCVI.

Al venir á este mundo, lo primero
Que hacemos, es llorar:
¡Mucho expresa este adios al santo nido
Del seno maternal!

XCVII.

Se enaltece el valor ante la muerte;
Y nadie elogia así
Otro que tienen tantos desgraciados,
Más grande... ¡él de vivir!

XCVIII.

Hunde en mi pecho el plomo ó el acero,
Lo que mejor te cuadre;
No pretendas matarme con heridas
Que no derraman sangre.

XCIX.

En un árbol grabaras nuestros nombres
Y el viento lo tronchó;
Mi nombre huyó entre el polvo; pero el tuyo
Vive en mi corazón.

C.

Burla mi amor, olvídame, ama á otro,
Todo lo espero ya;
¡Qué importa que en el fondo de un abismo
Haya una piedra más!

CI.

Rico ayer, cien amigos me adulaban,
Hoy pobre, ni me miran...
¡Los amigos se van con el buen tiempo,
Cómo las golondrinas!

CII.

Ruje la tempestad, retumba el trueno,
Todo infunde terror...
Nada temas, mi vida... eres un ángel:
¡Oye la voz de Dios!

